

ROMA. ADENTRO Y AFUERA EN POLIBIO

Elena Huber
UBA

Como si fuera más propio de la historia enumerar los errores de sus actuantes que señalar las cosas bellas y justas de los hechos expresa Polibio en II, 61, 3, evidenciando que para él la historia tiene actuantes, *praxantes*. Este es el punto de partida y el dato central de nuestro trabajo que se ocupa de la conformación discursiva de los sujetos que interactúan en las *Historiai*, y de la importancia que lo urbano tiene en esa conformación discursiva.

1. Historia e historiografía

Aunque en ninguna parte lo afirma de manera explícita, el rastreo de los sustantivos referidos al tiempo y al espacio pone de manifiesto que Polibio diferencia claramente la historia, el devenir del hombre en un tiempo sin límites (*khronos*) y en un espacio total, la tierra (*gē*), de la historiografía, del estado discursivo, escrito u oral, de una porción de ese devenir, localizada en un lugar (*topos*) y acotada a un período (*kairós*). El saber humano queda desvinculado del devenir en que la historia consiste, hasta que no interviene el historiador. Este es un supuesto básico para muchos aspectos del arte historiográfico que las *Historiai* encierran. Repasemos algunos de esos aspectos.

1.1. Historiografía e historiador

En primer lugar, para Polibio el historiador es un escritor, alguien que produce un texto, que puede ser leído o escuchado,

Filarco quiere provocar la compasión de sus lectores (Historiai, II, 56, 7)

y que pretende producir determinados servicios a sus destinatarios, todos ellos de carácter didáctico, ya sea en lo político

[...] la instrucción y ejercicio más seguro en materia de gobierno es la enseñanza a partir de la historia o en lo sociocultural, ya que el método más claro y único de aprender a soportar con entereza las vicisitudes de la Fortuna es el recuerdo de las peripecias ajenas (Historiai, I, 1, 2)

En efecto, si bien la historia no responde, para Polibio, a un orden, su carácter aleatorio, o, quizás, la necesaria percepción de aleatoriedad que el hombre experimenta frente a la historia, opera sobre un conjunto de situaciones, extenso pero no infinito, de allí que los modos de reacción frente a esas situaciones resulten aprehendibles. El hombre no puede prever el futuro pero puede aprender

a soportar las imprevisibles circunstancias de su propio devenir.

La importancia social, política y cultural de la historia, convierte al historiador en un ser de significación relevante y le permite, a Polibio, insistir sobre las reglas que rigen la producción del texto, de cuya observancia depende que pueda alcanzar o no los objetivos perseguidos.

1.2. El texto historiográfico

Todo texto historiográfico tiene un comienzo, que depende de la deliberada voluntad del historiador. Esa voluntad opera orientada por una vocación de coherencia basada, primero, en el sentido común. En efecto, si la historia sólo existe en la historiografía, corresponde darle continuidad a esta última para no producir una interrupción en la secuencia del saber del hombre sobre el devenir; es decir corresponde que el historiador comience su obra allí donde termina la de su antecesor.

Colocaremos la primera expedición de los romanos desde Italia, como base del comienzo de este libro que es continuación de las partes donde dejó Timeo y cae en la Olimpiada ciento veintinueve (*Historiai*, I, 5).

Pero la determinación del comienzo también opera dentro del marco de la lógica que el historiador ha establecido para la historia. Aunque la historia es impredecible, la historiografía puede concebirla, o no puede sino concebirla, como una secuencia ininterrumpida de efectos que reconocen causas que también fueron efectos. Todo corte en esta secuencia es, entonces, una interrupción que el discurso le impone a la realidad, una interrupción que implica riesgos para el historiador y que compromete su capacidad de artesano. Polibio advierte estos riesgos, que en realidad son las inevitables consecuencias de una determinada postura epistemológica, según recordaremos luego.

1.3. Las causas y el discurso historiográfico

La solución que Polibio propone para los problemas de fragmentación del relato, que derivan en los problemas de la periodización historiográfica, consiste en distinguir entre la causa (*aitía*), el pretexto (*profasis*), y el inicio (*argê*), cuyo carácter teórico queda de manifiesto en la presentación polémica que hace de esta distinción:

Son cosas propias de hombres que no han descubierto en qué se diferencia y cuánto se contrapone el inicio, de la causa y el pretexto. (*Historiai*, III, 6, 7).

La causa de algo es, para Polibio, anterior a su inicio, está instalada en la secuencia causal de la historia y puede operar, desde nuestra perspectiva, como algo presentable por el historiador en términos de condicionamiento inevitable. Es, entonces, el postulado que da fundamento a la organización racional de la secuencia discursiva.

La causa puede transformarse en pretexto, que opera como pantalla de la causa. Esto se debe tanto al tipo de historia que Polibio escribe cuanto a su concepción historiográfica. *Most of Polybius's work is military history* (E. W. Marsden, *Polybius as a military Historian*, 269).

Polibio intenta mostrar, a un destinatario, que todavía se discute y que para nosotros es el mundo de los griegos sometidos, que la expansión romana es un hecho único que da comienzo a la historia universal y frente al cual toda resistencia estaba inevitablemente destinada al fracaso. Esa expansión es militar y, en el plano discursivo, lo militar se organiza en dos secuencias en interacción: el enfrentamiento entre dos “actuantes” y la conformación de sus respectivas alianzas. Es decir que la subdivisión del campo semántico resulta clara, con manifiesta evidencia del límite que marca los respectivos subespacios. Esto facilita la antropomorfización de los contendientes. Se enfrentan, según el discurso, dos naciones o dos *poleis*, que quedan acotadas y mimetizadas con sus ejércitos, los cuales a su vez se resumen en los generales de esos ejércitos, que, por su parte, pueden recibir órdenes de ámbitos que el texto deja en relativa imprecisión, entre los que hemos de destacar la ciudad de Roma.

Esta antropomorfización le permite, si no omitir, por lo menos disminuir la cantidad de discursos que pone en boca de los protagonistas, discursos, que, por otra parte, censura (II, 61, 3), en aparente alusión a Tucídides. La deliberación queda parcialmente reducida a la voluntad de los generales, que el texto presenta como la última instancia de la decisión de los pueblos. En efecto, los generales deciden avanzar, o retroceder, dan información o la retacean, y, finalmente, conforman la causa, y son capaces de convertirla en pretexto si así lo requieren las circunstancias.

La causa aparece entonces tanto como un condicionamiento inevitable cuanto como una elaboración intelectual e ideológica de los sujetos del discurso historiográfico.

Yo afirmo [...] que las causas son los antecedentes de nuestros propósitos y decisiones, y hablo de ideas, de disposiciones y de razonamientos respecto de esas cosas, a través de las cuales llegamos a decidir algo y proyectarlo. Historiái, III, 6, 7.

A partir de las causas, que algunos traducen o sustituyen para otros mediante pretextos, y en un tiempo que el discurso historiográfico no precisa, se da el inicio, que Polibio define como “los primeros intentos y acciones de lo ya decidido”. Esta definición en realidad no devuelve el sistema al plano de lo decisional humano ya que, por lo dicho, el discurso se organiza entre actuantes que sólo son la antropomorfización de sujetos históricos más profundos que implican categorías socioculturales y sociopolíticas que Polibio solo expresa mediante colectivos de carácter gentilicio: “los romanos”, por ejemplo.

1.4. La historiografía y lo trágico: una concepción historiográfica

Polibio opone, de manera explícita, la historiografía a lo trágico

Pues, el fin de la historia y de la tragedia no es el mismo sino que sus fines se oponen. En necesario, en ésta, sorprender, conmover y deleitar a los oyentes, mediante palabras convincentes, durante un momento; en aquella, enseñar y persuadir a los estudiosos, a través de hechos y palabras para siempre verdaderos. Dado que rige, en los trágicos, lo verosímil, aunque sea men-

tira, debido a la ilusión de los espectadores; y, por otra parte, en los historiadores, la verdad, debido a la necesidad de los estudiosos. (Historiai II, 56, 11-13).

Ambas producciones textuales difieren en sus fines, respecto de los cuales Polibio reivindica, para la historia, su esencial función didáctica, (*didaxai*), a la que le agrega un contenido (*peisai*) vinculado a un tipo de acción que podríamos llamar política, es decir la exposición de un proyecto destinado, por todos los caminos, a seducir, a convencer.

También difieren en sus destinatarios, ya que la historia aparece como orientada hacia el estudioso, hacia el que indaga con esfuerzo:

No nos hemos dejado llevar tanto por el goce que puedan experimentar los futuros lectores cuanto por el provecho de quien nos lea atentamente (Historiai, IX, 2, 6).

Desde este punto de vista la historia reclama la actividad del destinatario, mientras que el texto trágico se orienta hacia el espectador relativamente pasivo. El lector de historia debe colaborar activamente en la producción de sentido del texto que el historiador le propone, y lo hace, en efecto, porque con tal producción satisface una necesidad propia.

Finalmente, el instrumento de ambas producciones textuales es idéntico, la palabra, con lo que Polibio deja deliberadamente de lado los aspectos vinculados a la representación del texto trágico como elemento relevante en la diferenciación. Las palabras de la tragedia convencen al espectador durante un momento, porque están deliberadamente compuestas para alcanzar la verosimilitud (*pithanota tos logos*). Las palabras de la historia, por el contrario, se subordinan a la verdad (*alethes*), es decir a los hechos, pueden llegar, y esto depende del historiador (todo el texto de Polibio lo denuncia) a mimetizarse con los hechos, con lo que su veracidad resulta tan inmutable como los hechos mismos.

“La historia, entonces pertenece a la categoría de lo que puede ser llamado “el discurso de lo real”, como contrapuesto al “discurso de lo imaginario” o “el discurso del deseo” (Hayden White, *The Content of the Form. Narrative Discourse and Historical Representation*, London, 1987, 20-21).

Para el lector contemporáneo resulta a primera vista sorprendente que la comparación entre historia y tragedia no señale como diferencia relevante entre ambas, la necesaria interacción entre agonistas que parece ser el rasgo más evidentemente distintivo de esta última. Sin embargo la concepción historiográfica de Polibio requiere lo trágico, en tanto un campo semántico subdividido que permite la interacción, en la que crece la tensión discursiva.

1.5. El historiador y la construcción de la historia

A pesar de que la propuesta metodológica básica es una sola:

Es necesario, pues, por cierto, que el que escribe [...] recuerde (nemoneuein) todas las acciones y las palabras, según su verdad, aunque, por azar, se trate de cosas comunes (Historiai II, 56, 11-13).

El historiador no debe limitar su función al del espejo que refleja. Polibio le

reclama una activa participación, algunos de cuyos rasgos principales hemos de enumerar.

En primer lugar, el historiador determina el comienzo de su historia. El éxito en esa elección garantiza la “confiabilidad”, la aceptación del texto “por todos”. Pero también, dentro de la secuencia ilimitada de causas, establece la causa inmediata para evitar que, al retroceder demasiado en esa secuencia, “el comienzo de todo fundamento no resulte insostenible y pura especulación teórica” (I, 5).

El historiador también debe alejarse de la mala práctica, que es la práctica in-conducente a los fines de la historia. En consecuencia debe prohibir el ingreso a su texto de “lo maravilloso y lo fantástico”, de los discursos inventados y de lo circunstancial. Es decir que el historiador opera sobre su posible material -que, a diferencia del trágico, no genera sino que “recuerda”- con discernimiento, a manera de filtro selector, para dejar en su texto sólo lo subyacente (*upokeimenos*), que puede coincidir con “cosas comunes”.

Esa selección en busca de lo subyacente se orienta por la intencionalidad didáctica y termina confundándose con una concepción ética del mundo. No se enseña todo sino tan solo lo valioso y los valores se aceptan como algo trascendente al historiador y por lo tanto absoluto.

O como si quienes se encuentran con los recuerdos fueran menos guiados por los hechos ilustres y ejemplares que por las acciones (*praxeis*) contrarias a las leyes y evitables.

Finalmente, la autodefinition del historiador como alguien que busca la verdad, entendida ésta como la coincidencia del texto con una realidad trascendente e inmutable, es, como ya se ha señalado, para Polibio y para la historiografía occidental, una característica definitoria de la historia. En tal sentido el historiador debe hacer de su obra un baluarte de la verdad. El texto producido debe delimitar claramente la verdad de la mentira y tal actitud, por cierto, lo convierte en activo juez de lo que escribe.

“Para que no permitamos que la mentira tenga la misma fuerza frente a la verdad, en los escritos”(Historiai, II, 56, 2)

Tal es el sentido que atribuye White al texto historiográfico.

“Solamente quiero sugerir que podemos comprender el recurso del discurso histórico reconociendo hasta qué punto hace deseable lo real, convierte lo real en un objeto de deseo y lo hace por su imposición, mediante sucesos que se representan como reales, de la coherencia formal que las historias poseen (Hayden White, *The Content of the Form. Narrative Discourse and Historical Representation*, London, 1987, 20-21).

2. Polibio y la conformación discursiva de los sujetos historiográficos

La forma, el color, las dimensiones de una manzana, su perfume, la calidad de su tacto, su sabor, se apprehenden mediante los sentidos, a partir de allí, la inteligencia recompone el concepto de manzana (Estrabón, II, 5, 11).

Esta afirmación de Estrabón, que contiene las bases del constructivismo con-

temporáneo, nos permite enunciar los puntos de partida con que operamos en nuestro análisis de la conformación discursiva de los sujetos que interactúan en las *Historiae*, y de la importancia que lo urbano tiene en esa conformación discursiva.

En primer lugar, si denominamos historia al devenir del hombre, la historia del hombre por el hombre conocida es la historiografía, cuya realidad es ideal.

En los objetos que denominamos reales, la mera percepción, según afirma Estrabón, no coincide con la representación y mucho menos con la identificación ontológica. El objeto requiere, cuando menos, de una organización mental de las percepciones. En los objetos de naturaleza ideal -la matemática, la filosofía o la historia- esta situación es doblemente valedera.

Si repasamos la historia de la filosofía occidental nos encontraremos con algunos bellos sueños [...] pero ninguno responde a nuestro problema primario: saber de qué manera podríamos considerar verdadero nuestro conocimiento, si entendemos por "verdadero" una representación verdadero de un mundo ontológico, el mundo tal como fue antes de que llegáramos a conocerlo (Ernst von Glasersfeld, La construcción del conocimiento, 118).

Toda gran historiografía pretende presentar el devenir. Para ello se requiere establecer uno o más sujetos, de carácter individual o colectivo -la interacción entre ellos depende, según hemos visto, de la concepción historiográfica del historiador- que sirvan de soporte a los cambios. Si no se establecen sujetos, los informaciones, aunque quede ordenada en una secuencia cronológica abstracta, no supera el estadio de reunión de datos y no da cuenta de cambio alguno.

En tal sentido todo sujeto consiste en una construcción discursiva cuya noción de verdad debe buscarse no en su carácter representativo sino en lo que Piaget llamó actividad adaptativa (von Glasersfeld, *ibidem*, 121). El sujeto historiográfico opera en el mundo de los conocimientos preexistentes y futuros, no en el de las vinculaciones entre ese mundo y el mundo ontológico.

Para Polibio, el sujeto central de su obra, "los romanos", está extensamente difundido en el texto. En ciertas ocasiones se confunde con el ejército romano

Los romanos arrojaron toda la carga y a duras penas lograron aligerar las naves (I, 39, 4)

en cuyo caso suele ser reemplazado por el nombre de el o los jefes de turno,

Cneo Servilio y Cayo Sempronio zarparon con toda la flota, pusieron rumbo a Sicilia y desde ella se dirigieron a Africa (I, 39, 1).

en otras se confunde con la totalidad del pueblo que realiza la expansión, participe o no efectivamente de ella

En cambio los romanos sometieron a su obediencia no a algunas partes del mundo, sino a éste prácticamente íntegro (I, 2, 7)

En tal sentido, el sujeto "los romanos" interactúa con otros sujetos históricos, de carácter gentilicio, y extensión más reducida en la obra. Su tratamiento discursivo también es diferente.

Tomemos, como ejemplo, el tratamiento que merecen los pueblos habitaban las llanuras de Italia antes de la llegada de los galos (II, 17).

Estos pueblos quedan definidos por su vinculación a un territorio *los etruscos, cuando habitaban también los llamados Campos Flegreos, en los territorios de Capua y de Nola, región muy frecuentada y conocida, que adquirió por ello gran fama de fértil* (II, 17, 1)

también por sus relaciones con los galos

Los etruscos se relacionaban con los galos, en razón de su vecindad, pero los galos miraban codiciosamente el país por su belleza (II, 17, 3)

Pero también por una descripción cultural; en efecto etruscos, lasos, lebecios, insubres, vénetos, ananes, boyos, lingones y senones, según el texto

Habitaban aldeas no amuralladas y no usaban de más ajuar que el estrictamente necesario. Dormían en lechos de hojarasca, comían carne y solo practicaban la agricultura o la guerra, por lo cual su vida era muy simple. Entre ellos, artes y ciencias eran algo desconocido, sus únicos bienes eran el ganado y el oro, ya que, dado su género de vida, era lo único que podían llevarse fácilmente a todas partes y trasladarlo según sus preferencias. Ponían su máximo empeño en formar clanes, porque, entre ellos, quien diera la impresión de tener el máximo número de clientes y de asociados, se consideraba el más poderoso y el más temible (II, 17, 9-12).

Los romanos no provocan un interés cultural semejante. A modo de hipótesis puede pensarse que este interés de descripción cultural está en relación directa con la distancia cultural que el historiador advierte respecto de su propia cultura, y también que los romanos quedan definidos por una sola de sus condiciones, la capacidad bélica orientada por la coherencia política que le garantizan sus instituciones.

2. La construcción historiográfica de Roma

Según hemos visto, Polibio decide comenzar el primer libro de sus *Historiai* con la expansión de los romanos fuera de Italia. Sin embargo, durante los primeros libros, Roma se conforma en un sujeto de escasa precisión

En efecto, en el discurso que la construye, es un *topos* desde donde se viene, por mar o por tierra, o hacia donde se va (I, 29, 10; 38, 10; II, 11, 1). Es decir que Roma y sus legiones son subespacios discontinuos y de especialización diversa; en el subespacio de "los romanos" de las legiones, hay desplazamientos estratégicos, sitios y combates; por su parte, en el subespacio de Roma suceden otras cosas. En primer lugar ese subespacio reconoce otros, interiores, de mayor especialización: el Capitolio (I, 6, 2; II, 18, 2), o el ágora que no merecen descripción alguna. En segundo término ambos subespacios resultan homogéneos en cuanto al gentilicio "los romanos"; en ambos hay romanos, pero los de las legiones son, desde una perspectiva política, diferentes a los de Roma, ya que allí se encuentra el pueblo (*demos*), sobre el que tampoco se dice nada, pero que se presenta como capaz de tomar decisiones: acepta, rechaza o ratifica convenios (I, 17, 1; I, 63, 1); envía cónsules en calidad de generales (I, 16, 1); remite órdenes a las legiones mediante legados (I, 29); desiste de anteriores propósitos (I, 39, 7). Esto da lugar al frecuente envío de mensajes desde las legiones a Roma, con noti-

cias sobre la guerra (I, 29, 6), información de los éxitos obtenidos (I, 16,1), o bien para remitir los acuerdos firmados (I, 17, 1) o preguntar qué debe hacerse (I, 29, 6).

Finalmente, Roma tiene enemigos que en ocasiones la toman (I, 6, 2; II, 18, 2). Al narrar una de las tomas de Roma por los Galos, en el libro II, Polibio presenta por vez primera a Roma como un todo homogéneo y relativamente trascendente a sus partes, es entonces cuando, también por primera vez, la llama *polis*:

después de la batalla, ocuparon por asalto la misma Roma; se hicieron dueños, asimismo, de todas las cosas que en ella había y se apoderaron de la propia ciudad [polis] por siete meses. Finalmente, por voluntad de ellos, y con agradecimiento, devolvieron la ciudad [polis] (II, 22, 4-5)

Polibio no define el límite entre Roma y su mundo exterior, no establece la habitual división entre el *ekso* y el *endon*, con que la épica primero, como sucede en el caso de Troya, y la historiografía, más tarde, exponen el asedio y la toma de las ciudades. En las historias centradas en lo bélico la toma de la ciudad es el momento narrativo central, ambos sujetos se enfrentan, reforzando su identificación recíproca.

Polibio no narra el asedio de los galos a Roma, pero sí, significativamente, los asedios que “los romanos”, las legiones romanas, dieron o recibieron fuera de Roma. Se ocupa, por ejemplo, de la toma de Palermo, a los cartagineses (I 38 7-10), o del asedio que Amílcar puso a los romanos en el monte Erice (I 58 1-6).

Es decir que Polibio orienta su texto a la organización de un sujeto, “los romanos”, desde la perspectiva del *ekso* de Roma, que es presentada, antes que como una ciudad, como el impersonal centro decisonal que explica, en parte, la exitosa campaña militar que resulta en la expansión romana. También es posible pensar que Polibio, un griego que escribe para griegos y romanos, adopta, frente a la metrópoli del naciente imperio, una perspectiva externa, propia de los griegos vencidos.